

Postales de Buenos Aires (Notas para leer en el subte)

Silvestri, Graciela; Gorelik, Adrián

Graciela Silvestri: Investigadora argentina en historia y crítica de la arquitectura. Se desempeña en el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas «Mario J. Buschiazzo» de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (UBA) e integra el Programa de Estudios Históricos de la Construcción del Habitar (Centro de Estudios de la Sociedad Central de Arquitectos).

Adrián Gorelik: Investigador argentino en historia y crítica de la arquitectura. Se desempeña en el Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas «Mario J. Buschiazzo» de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (UBA) e integra el Programa de Estudios Históricos de la Construcción del Habitar (Centro de Estudios de la Sociedad Central de Arquitectos).

En el video Buenos Aires I,¹ un manojo de postales y un largo viaje en un metro vacío actúan como disparadores para una progresiva toma de distancia, en la que la ciudad termina por desprenderse de todos los lazos con que el sentido común intenta restituírle cotidianamente la unidad originaria. La ciudad que ha estallado, nos dicen las imágenes, ya no ofrece la ilusión de una forma única, constituida por una historia de efemérides. Quebrada la idea de un proyecto para Buenos Aires queda un espejo trizado, en el que ninguna de las apariencias con que esta ciudad moderna creyó construirse se reconoce.

Postales: viajes, planos, arquitecturas; correspondencia entre ciudades; rompecabezas incompleto de una ciudad; metáforas de la multiplicidad y la decadencia que caracterizan a la modernidad urbana en América Latina, en la que Buenos Aires define sus contornos. El video trabaja con la hipótesis de que una indagación en las peculiares modalidades que adoptó aquí la modernización permitiría entrever las razones de su actual crisis. Crisis sensible de la propia ciudad, y crisis de los modelos con que se la intentaba comprender o prefigurar.

¹Video dirigido por Rafael Filippelli. Las notas que siguen surgen como producto de las búsquedas realizadas en esa producción, recorriendo y ampliando el guión que los autores elaboraron en colaboración con Beatriz Sarlo.

La ciudad de la ucronía

«A Buenos Aires se lo interprete con los ojos porque ha sido construido para ser visto (...) la tarjeta postal es su credencial auténtica. Hay quienes creen que Buenos Aires es un álbum».

Ezequiel Martínez Estrada

Para realizar la «biografía» de una ciudad, un historiador ha propuesto provocativamente el recurso a la ucronía, es decir, la validez de las afirmaciones contrafácticas en el relato histórico; ya que si ellas sostienen que un pasado diverso pudo haber sido posible, eso mismo es lo que permite continuar creyendo en la utopía de otro futuro. (Portelli). La ucronía como «una de las grandes formas de refutación de lo existente»: parece una idea bastante ajustada para pensar hoy a Buenos Aires. La crisis que la atraviesa ha mostrado el estallido de cualquier narración imaginable en mil fragmentos que reclaman la atención hacia aquello que podrían haber sido, hacia aquello que quisieron ser. Cada pedazo de ciudad se erige como una huella de proyectos truncos que hoy, recién hoy a la luz de la crisis, aparecen en toda su contradicción.

La crisis ha mostrado, en verdad, la ilusoriedad de Buenos Aires como proyecto; una idea fuertemente arraigada, en la que alternativamente se confió con optimismo o irritación, pero en la que siempre se creyó. Los optimistas, bajo el influjo del ideal modernizador, como si la modernización fuese en sí misma un proyecto, y como si todo lo que se le opusiera fuese apenas rémoras que tarde o temprano serían removidas; los críticos, apoyándose en la tenacidad de tales rémoras - aceptando la definición que así venía impuesta - para levantarlas con la nueva positividad de una lucha sin cuartel contra el proyecto.

Hoy la ciudad aparece, en cambio, como un patchwork inquietante en el que nada resultó como se quiso, y en el que nada se quiso por unanimidad; un patchwork inquietante y sin mas historia que la que no fue. Patchwork y no collage, justamente porque lo que aquí no se encuentra es espesor histórico. La idea de «ciudad collage» es una idea en la que los siglos hacen de argamasa: las ciudades europeas con sus diversos pero armoniosos espacios, construidos también por conflictos, pero de una tan larga duración que han acabado por naturalizarse. Comparada con esa historia, la construcción de Buenos Aires no parece sino como una explosión brusca y repentina, en la que muchas cosas se quisieron hacer simultáneamente y de modo enfrentado, en la que muchas de ellas se hicieron y las que no también perduran como marca indeleble. Una explosión en la que la grilla homogénea y anodina de la trama hispana pareció garantizar una continuidad, que si fue muy bien aprovechada por variados utilitarismos que se imaginaban ocupando matemáticamente

cada rincón del territorio, simultáneamente debió disputar palmo a palmo con ideales en pugna, con la propia resistencia de la geografía y la cultura, también anodinas pero tenaces.

En este estallido súbito lo único que cose los pedazos hoy, lo único que los naturaliza es la rutina cotidiana, esa eficaz forma del olvido, que hace pensar por la fuerza del lugar común que lo que es ha sido y debió ser, y que su espacio no es otro que el que ocupa. Lo más interesante de la Buenos Aires actual es que su calidad ucrónica es una bofetada al sentido común: cada pieza del tablero comienza a agitarse con vida propia, a reclamar sus potencialidades, indicándonos no una, ni dos ni tres, sino múltiples Buenos Aires; múltiples vidas para una ciudad evanescente y dura, donde la historia es tiempo presente porque el estallido aún no termina.

Viajes.

Entrar a Buenos Aires por la boca del Riachuelo, por donde entraban los antiguos navegantes. El Río de la Plata en primer plano: su pacífica antigüedad hace presente el tiempo, cuando río y tiempo son escamoteados en la ciudad plena. Remontar el negro afluente, desde una desembocadura que hoy sólo evoca paseos turísticos hasta el interior de una ciudad desconocida: el Sur, el riachuelo. Difícilmente algún rincón de sus meandros pueda recordar a los no tan lejanos recreos bajo los sauces, y nada ha quedado de la casi mítica fundación de la ciudad en sus cercanías; pero este «pequeño río» despliega en su materialidad el secreto de otros proyectos tan recientes como olvidados. Porque la historia moderna del Riachuelo es la historia de un proyecto que se frustró en pleno triunfo. Recorriendo su curso contra el sentido de las aguas aparece la historia del asentamiento industrial en Buenos Aires: viviendas abigarradas en el inicio, levantadas en los intersticios de las barracas, y más adelante los frigoríficos, que ayer fueron mataderos y hoy shoppings; grandes conjuntos fabriles en seguida, con sus muelles y puentes conectando ambas orillas en unidades productivas modernas, que convierten al río en una avenida sin ciudad cuyas grandes moles son, en verdad, ciudadelas alternativas; playas de maniobras, estaciones ferroviarias, nuevamente puentes y muelles que sugieren un ir y venir incesante de cargueros con el carbón de la usina; y pasando Pompeya hacia el Oeste, la rectificación soñada por quienes veían al río como el eje industrial metropolitano, como el puerto fabril del Sur de la ciudad, que afirmara la idea del Norte residencial y comercial que se estaba desarrollando. Pero si en este último tramo el río parece un gran dock industrial, en sus márgenes ya no hay industria sino verde; a la derecha, con los enormes conjuntos habitacionales como banderas que la modernización clavó en territorio desconocido; a la izquierda, con la desolación de

la miseria: jirones de ciudad y jirones de campo mezclando hombres y animales entre el humo infecto de la Quema, naturaleza y basura, olores del Riachuelo.

El recorrido aguas arriba es la secuencia de una paradoja: la industria se fue a otra parte de la ciudad justamente cuando el río, en los años 30, se preparaba para con solidarla a su vera. La industria que si se quedó, instalada antes de los 40 hasta Pompeya, hoy se presenta en ciudadelas desiertas, maquetas de lo que una ciudad pudo ser. Los esqueletos de los barcos hundidos en la desembocadura y los inmensos e inútiles artefactos fabriles diseminados en las orillas forman un pliegue geográfico de ciudad e historia cerrado sobre sí mismo, atravesado por el viento nauseabundo pero atractivo del fracaso.

Planos.

Una serie histórica de planos, en donde se lea lo más ostensible: la progresiva extensión de la grilla amanzanada, su persistencia. Puede señalar muchas cosas: desde la marca de la conquista en un terreno idealmente vacío, hasta la geografía que pareciera subrayar esa mirada. Pero también un pensamiento más reciente que, con una mentalidad diversa, se apoyó con entusiasmo en las posibilidades que esa regularidad le ofrecía: aprehender, cuantificar y dominar un espacio. Si el proyecto Riachuelo lleva implícito el ideal de una ciudad «complementada», con un sur industrial y un norte embellecido, hay una tradición diversa que sostuvo el programa de una ciudad homogénea, sin sectores especializados, que se quería creciendo concéntricamente desde la Plaza de Mayo, y en la que espacios públicos, servicios y cualidades ambientales debían distribuirse equitativamente. Una tradición que podría remontarse a tímidos intentos ilustrados de finales del s. XVIII, que alcanza su formulación explícita en la corta experiencia rivadaviana, y que ya en este siglo permanece con fuerza, diseminada como «pensamiento municipal».

Así, desde comienzos del s. XX, para esta tradición el Sur aparecerá como espejo, necesariamente degradado, de un norte que ya buscaba preeminencia en los tiempos en que Rosas construye su caserón sobre las tierras donde Sarmiento fundará Palermo. La forma que asumía aquel ideal era la de la compensación; y el instrumento por excelencia los espacios públicos, que se disponían mediante intervenciones puntuales en resquicios disputados a la especulación: parques, plazas, boulevards, pero también «barrios obreros» en los que un verde domesticado se convirtiese en protagonista de la construcción de la familia moderna. Verde urbano que era pensado no sólo como espacio higiénico, sino como lugar privilegiado de socialización, como cimiento de una «ciudad orgánica». Inmigrantes y criollos, familias

«humildes pero decentes», igualados por la luz purificadora de la naturaleza, como institución cívica de transparencia y disciplina.

Respondiendo a este ideal de «ciudad homogénea», el parque en el Sur será concebido como un «Palermo de los pobres», con sus viveros, su zoológico, sus paseos en escala. Pero la búsqueda de compensación lleva implícita la figura de un Estado interviniendo con decisión en el mercado urbano, con objetivos diversos a los de éste: en pleno período de expansión urbana, en plena «ciudad liberal», el ideal de «ciudad orgánica» no podía implicar sino una lucha sin cuartel entre los supuestos ideológicos de esta tradición y las reglas de una economía que los hacía posible; una lucha que diseminó pequeñas victorias como cicatrices de una gran derrota, pero que durante buena parte de esta historia logró constituir una ficción que recién hoy puede percibirse como tal. La ficción por medio de la cual la clase media porteña fue anunciada; ficción de dominio, pero también pequeñísima pista para una ciudad diversa.

Arquitecturas.

Terminales de tren, que hablaban de la tecnología ocultando sus arideces, embelleciéndola con un lenguaje múltiple; diagonales blancas y discretas que pretendían ligar tradición y modernidad, linaje y progreso; rascacielos vidriados, solitarios, recortados contra el cielo azul como maquetas, restos de ideales ambiciosos. Cortadas las redes, perdidos los entusiasmos, abandonados los proyectos, las arquitecturas subsisten con la carga representativa de sus orígenes: la capacidad del proyecto modernizador en Buenos Aires se coaguló en cemento y hierro, en avenidas y parques, en formas, en fin, elocuentes de una confianza tan ingenua como poderosa. El ideal modernizador, con su ramillete de resultados, no es sólo el ideal del que sobreviven los restos más estructurantes; también ha sido el que mayor cantidad de lecturas produjo - en positivo o negativo - sobre el proceso global de construcción de la metrópoli, logrando una identificación entre sus motivos y la propia ciudad.

El puerto, los ferrocarriles, el subterráneo: gestos efectistas y de fuerte impacto que trazaron en su tiempo una red que caracterizó rápidamente a Buenos Aires como una ciudad moderna, y a su vez diversa de los modelos que emulaba. Modernidad particular, sin duda, de la que tal vez el Obelisco sea el mejor ejemplo: ninguna exhibición técnica para la recuperación de un centro capaz de materializar el monumento simultáneo de la ciudad con «vocación de futuro» y de la tradición nacional. O la Avenida General Paz, parkway en el que espacio y tiempo debían confundirse, pero que elige puntuarse con pintorescas casillas de Blancanieves. O el subte-

rráneo. Signo por excelencia del fluir metropolitano, que disuelve la diferencia que cada zona generaba y se convierte en demostración de las posibilidades de la técnica para superar los obstáculos del territorio, hurgando en sus entrañas; y que, sin embargo, cuando habla en sus andenes decide cubrirse con murales cerámicos que reponen un lugar de armonía e integración entre un pasado mítico y el futuro prometedor. Civilización y cultura: Nueva York y París debían encontrar en Buenos Aires su realización plena y su síntesis.

La década de 1880, con Torcuato de Alvear como un Haussmann sin barricadas; los años 30, con de Vedia y Mitre como un Moses sin New Deal; los años 60, con un desarrollismo que se dio la tarea de actualizar a una sociedad cuya ciudad le parecía inmerecida: los tres momentos que marcaron a fuego en la ciudad la idea de progreso. Palermo, Avenida Alvear, Avenida de Mayo, las diagonales Norte y Sur, la Avenida 9 de Julio, Catalinas sur y Catalinas norte, los conjuntos habitacionales de Villa Lugano y Villa Soldati, Ciudad Universitaria: los hitos que en cada momento se imaginaron expandiendo su modernidad; marcas como las de esos juegos infantiles en los que se deben unir puntos para restituir el dibujo escondido. Pero las líneas ya están definitivamente interrumpidas, y las marcas son apenas promesas vacías, muñones de una modernización que todo lo logró a medias.

Para entender hoy a Buenos Aires se deben disecar los supuestos que cada marca modernizadora traía consigo; se las debe negar en su apariencia naturalizada. Omittirlas, o mostrarlas como las maquetas de lo que quisieron ser. Un viaje en subte puede ser un recorrido por el corazón del proyecto modernizador en Buenos Aires, siempre y cuando uno no vaya a ninguna parte.

Multiplicidad y decadencia

«La revalorización de la heterogeneidad no deja de remitir a la cuestión del orden. ¿Cómo distinguir una diversidad legítima de las desigualdades ilegítimas?»

Norbert Lechner

Viajes, planos, arquitecturas: accesos desde la ciudad de hoy hacia la ciudad de ayer, desde la morfología hacia la historia, desde la unidad de lo cotidiano hacia la fragmentación de lo que quiso ser. Huellas, restos del estallido en que Buenos Aires se constituyó, señales de la explosión modernizadora cuyos últimos destellos iluminan un territorio desolado.

Tal vez la propia desolación sea un estímulo adecuado para pensar lo que no pudo ser: la crisis alimenta nuevas miradas hacia una historia que se resiste a concluir en esta realidad de decadencia urbana, que se autoasignó motivos con destinos menos indignos. Pero la crisis carece de futuro desde donde pensarse a sí misma, y le cambia el sentido a los parámetros con que se lee lo que sí pasó. La erranza sin tiempo por la ciudad, dejándose arrastrar por ella, perdiéndose en ella; el vagabundeo del flaneur baudelairiano que Benjamin construyó como forma de conocimiento, pudo iluminar aspectos esenciales de una ciudad donde, por contraste, todos tenían demasiado claro donde ir. Hoy las calles están llenas de flaneurs a pesar suyo, cuyo vagabundeo no les depara mayor conocimiento de esta ciudad que el de su profunda injusticia. La misma idea de patchwork que puede introducirse como instrumento para romper toda ilusión de continuidad, de proyecto, para romper los restos imaginarios de un dominio caduco, presenta una contracara insoslayable en sus efectos actuales, como ruptura de todo lazo de solidaridad, como ruptura de sentido.

Dejando truncos todos los proyectos, la crisis ha ido consolidando en la ciudad fragmentos evocativos de tiempos diversos: pedazos de futuro como promesas incumplidas hacia el Norte, pedazos de pasado como souvenirs turísticos hacia el Sur, pedazos de presente como pústulas hacia todas partes. Pensar la ciudad como postales es imaginarse viajando por una ciudad detenida en esos tiempos; es colocar los planos superpuestos dejando que la realidad densifique sectores con distintos tonos de gris; es permitir que las arquitecturas se concentren en sus estilos desterrando la misma idea de eclecticismo a un universo sin Babel. La ciudad es un «mapa histórico» no sólo porque se construye sobre restos de reales e imaginarios; también porque tiempo y lugar quedan impregnados y fijos: en la ciudad de la ucronía, lo que pudo haber sido se instala designando lugares pero, simultáneamente, lo que es se instala restituyendo tiempos. Así, el presente no es sino esta mezcla de tiempos y lugares, esta profunda mezcla que anula al Tiempo. Una imitación de las escenografías de Blade Runner: basura y hitech con replicantes que mueren por la angustia de la imposibilidad de los recuerdos.

Multiplicidad y decadencia: sólo una atención extrema a la acción combinada de estos dos términos podría impedir, en la ciudad de la crisis, que el elogio de la diferencia se convierta en un brindis posmoderno por la desigualdad, que el rechazo de la injusticia se convierta en un reclamo autoritario por recuperar estatutos perdidos. Multiplicidad y decadencia: fórmula que desafía al pensamiento urbano en Buenos Aires, porque si en los últimos años la heterogeneidad fue sinónimo de pluralismo y éste se constituyó en nueva fuente de valor, al mismo tiempo es la de-

cadencia el terreno en el que la diferencia se hace posible, en una ciudad que siempre levantó la uniformidad como mecanismo integrador. Pero no sólo por esto: también lo desafía en la medida en que la multiplicidad está ahí, para contestar las visiones antimodernas que quisieran restituir la unidad y la armonía premetropolitanas, capaces de devolver a Buenos Aires a la América Latina profunda de la que nunca debería haber salido; y la decadencia se ofrece como testigo implacable de que no hay modernización ajena a este nuevo escenario urbano en el que lo único que progresa es la miseria.

Así, los viajes por proyectos truchos, los planos de la pretendida homogeneidad y las arquitecturas de una presuntuosa modernización, pueden señalar también actores y texturas de esta transformación; actores y texturas que el pensamiento urbano no pueden dejar de considerar para develar, en un mismo movimiento a dos frentes, el sentido común que disuelve la fragmentación y las mutaciones que en la decadencia corroen toda su potencialidad.

Tangos.

Frente a la evidencia del estallido social y urbano al que la crisis nos enfrenta, la respuesta cultural más notoria en los últimos años ha sido la nostalgia. Fascinación por el modelo «anticomunista» de la ciudad de Montevideo y desprecio por el despliegue urbano de los años 60 y 70 en Buenos Aires: la reacción a la crisis recuperó, en claves tangueras, una nostalgia por aquella ciudad que la modernización arrolló.

El «barrio», por supuesto, como lugar donde preservar la unidad de armonía entre el hombre y su historia, entre la historia y la ciudad, entre la ciudad y la tierra, entre la tierra y la comunidad. Si en la transformación de ciudad en metrópoli se perdió la comunión entre la naturaleza y la cultura, sería «a la sombra de los barrios amados» donde se podrían localizar los pedazos de ciudad capaces de perdurar como refugios de la cualidad, como último reducto desde el cual resistir a los procesos de mercantilización.

Sin embargo el barrio que se nostalgia no fue jamás otra cosa que un mecanismo de la propia modernización. La idea de barrio que hoy se recupera nace en Buenos Aires en los años 20 como dispositivo de la metropolización, para reunir y darle forma moderna a pequeñísimos vecindarios disgregados en la uniformidad aún imaginaria de la cuadrícula urbana; vecindarios en los que hasta entonces podían pervivir formas semirurales de incorporación social a la ciudad.

Ya en ese mismo momento, Enrique Gonzalez Tuñón pudo percibirlo con claridad: «Con las chapas de zinc oxidadas que cubrieron sus ranchos, (el barrio) ha de levantar algún día el panteón de su pasado malevo, donde guardará devotamente el recuerdo del compadrito que bordeaba de cortes la vereda en los acordes quejumbrosos del organito de arrabal». Porque la modernización precisó su contracara: la tradición; pero como Buenos Aires es una ciudad inventada por la modernidad, la tradición debió construirse como nostalgia. El gaucho primero. Después, tango mediante, los patios ajedrezados de Palermo Viejo y San Telmo sobre cuyo recuerdo en la última década se montó un negocio de nuevo signo: la «preservación» como lugar de encuentro entre la especulación inmobiliaria y el gusto romántico por el color local. Nostalgia al cuadrado, entonces, ya que se nostalgia aquello que otros construyeron como nostalgia en pleno proceso de transformación metropolitana, festejando y homenajando esa transformación.

Pero podría presumirse, a su vez, que la nostalgia por el «barrio» perdido fue la forma en que, a finales de los 70, un sector del pensamiento urbano intentó construir un refugio para «lo popular» que dejara afuera - más allá del arrabal - la dura realidad urbana de tomas de tierra y ocupaciones reprimidas durante la dictadura, buscando un lugar de armonía entre los restos de la ciudad cuyo intendente municipal, el brigadier Cacciatore, atravesaba con su sinfonía de destrucción. De todos modos, en esos años aún era el espacio público lo que convocaba al rescate: su memoria, sus dimensiones social y política. En los últimos años la nostalgia se ha retirado al interior. Así, «barrio» hoy sólo significa paredes enrasadas de ladrillo, ilusión kitsch de recuperar el hogar.

Y así también, la nostalgia por el barrio terminó siendo el modo por el cual una ciudad chata e igual, sin naturaleza ni pasados exuberantes, encontró al fin su «identidad latinoamericana» en una variante años 80 del realismo mágico: pérdida la apuesta al cambio, se eligió la reja y el zaguán, eternos e iguales a sí mismos en una ciudad condenada a no tener historia.

Luces de neón.

Al revés del sentido común modernizador y de la nostalgia, nuevo sentido común en Buenos Aires, que niegan el estallido, en los años 80 se produce un nuevo fenómeno urbano que se instala con comodidad en él, que reconoce la fragmentación y la potencia: el shopping-center. El shopping es, gracias a que el resto de los proyectos no pudo ser. Sus mundos disneyanos recién pueden comenzar a filtrarse en Buenos Aires cuando los años 70 la introducen en esta decadencia.

Posiblemente la incorporación tardía, en comparación con otras ciudades latinoamericanas, de este modelo tan puramente norteamericano, se deba a la resistencia de una ciudad conformada en tradiciones distintas. Una ciudad que se convirtió en metrópoli cuando la hegemonía inglesa, por sus propias características, no precisaba imponer paradigmas de consumo, y que por lo tanto creció conformándose en elecciones abiertas a otras solicitaciones culturales; una ciudad ya tan estructurada cuando la hegemonía norteamericana sucede a la inglesa, como para ofrecer la particular resistencia de los hechos contruidos y de su historia cultural a los patrones del american way of life.

Hoy el shopping aparece ya no como un signo más de una modernización extensiva, sino como contraste ostensible, que puede leerse también como metáfora de la respuesta más reciente a la ciudad que emerge de la crisis. Aquí, los shoppings ocupan un lugar muy preciso, porque la respuesta del capital a esta heterogeneidad producto de la desigualdad es una utopía de orden para pocos. A diferencia de las utopías industrialistas que querían una ciudad complementada, a diferencia de las utopías homogeneizadoras que querían una ciudad equitativa, y a diferencia de las utopías modernistas que confiaron en la extensión sin límites de la modernización, los shoppings también se configuran como utopías, pero cerradas sobre sí mismas. Se trata de recintos aislados cuyo éxito reside en el contraste; lugares donde en el medio del caos y la decadencia todo funcione bien: aire climatizado, música funcional, seguridad. Monumentos al derroche en una ciudad en la que el derroche linda con el escándalo, se erigen como manifestaciones urbanas de los procesos de concentración económica salvaje que han caracterizado a los años 70.

El rol de la arquitectura en estos monumentos exagera la anulación del tiempo. En el sentido más lato, y también en el más amplio: desde la ausencia de relojes y el escamoteo del cielo del día, hasta la igualación de fragmentos de poéticas arcaicas y vanguardistas, populistas y elitistas, de todo país y de todo lugar. En muchos sentidos, la contrapartida estetizada de la propia ciudad, sus bolsones de riqueza y bienestar como incrustaciones compactas en la nueva uniformidad de la crisis. Contraste brutal, novedoso, en una ciudad que tradicionalmente garantizó cierta inclusividad mediante un ascenso social que hizo de mito ligante, pero también de ideología de cambio; contraste que los modernizadores eluden refugiándose en el proyecto de un futuro que debiera dejarlo atrás, y los nostálgicos remitiéndose a un pasado en el que decretan su inexistencia.

Pero lo más notable del shopping es que, simultáneamente, puede leerse extremando los presupuestos de la arquitectura progresista de décadas anteriores. Presu-

puestos que, en el ocaso, han perdido incluso los reparos éticos que los informaban realizando, como en las peores pesadillas de la Razón, la vocación populista de una disciplina que frente a los riesgos de la incertidumbre apostó al sentido común del mercado. Si sólo cuenta «la aceptación de la gente» para validar socialmente a un edificio, ¿qué puede haber de socialmente más válido bajo esta óptica que los nuevos shopping, objetivos de visita ad-hoc para los que llegan de ciudades del interior, paseo barato para las familias de bajos recursos que sin consumir pueden asistir a algún espectáculo gratis, o capítulo feliz en un día del ama de casa que suspira ante la vidriera de modas? Si pocos pueden consumir lo que en el shopping se vende, la arquitectura como valor simbólico es consumida por todos. Una arquitectura que en su imagen ha abandonado las pautas del «buen gusto» de las vanguardias racionalistas: no es necesario que los defensores de la identidad latinoamericana - ni tampoco los más avisados filósofos posmodernos - protesten ya contra la imposición de la Razón eurocéntrica, contra los aburridos monobloques de la arquitectura moderna o contra los elitistas muros blancos; no es necesario que se recuerde el y placer de las luces de neón o la variedad lingüística de una pizzería porteña bajo la inspiración de un ya lejano aprendizaje de Las Vegas. Esto ya está entre nosotros en el ecléctico brillo de los espejos, los mármoles y las fuentes del shopping.

Pensar lo público.

El interior nostálgico y el shopping se complementan. Pero no sólo en el terreno del realismo mágico y la realpolitik. Se complementan también en cuanto reducen la ciudad a un mundo privado, suspendido en el tiempo, que sólo escapa idealmente de sí mismo con las promesas de bienestar. La riqueza de múltiples espacios en la ciudad, de lugares para lo público que acompañarán la constitución de una nueva ciudadanía, parece haber quedado atrás junto con las ilusiones de la apertura democrática, a tan pocos años tan lejana. El bienestar de la nostalgia y del consumo se complementan en cuanto las dos formas de ver la ciudad se han retirado conscientemente del plano de la cultura: el primero ampliando el concepto hasta hacerlo irreconocible; el segundo identificando oportunidad del mercado y eficacia con valor de lo público, consumo con cultura popular. Ambos se complementan, en fin, en cuanto representan las aporías a las que ha llegado un pensamiento sobre la ciudad que se fue construyendo en ausencia de intenciones, en ausencia de política; y últimamente aceptando y celebrando tal ausencia.

Hoy se hace evidente que esta tradición de pensamiento urbano nunca supo muy bien qué hacer con Buenos Aires: ¿cómo articular la «cultura de la pobreza» en una ciudad en la que el ascenso social había funcionado y seguía cristalizado como ideología? De este modo, las formas que hoy asume la decadencia urbana podrían

verse sin demasiado esfuerzo como una profecía autocumplida: ¿no será esta conversión de toda la ciudad en nueva corte de los milagros la famosa «recuperación del centro» que se proclamaba hace veinte años? La desaparición del Estado, la desaparición de cualquier política urbana, en Buenos Aires viene como contracara de esa demanda de «latinoamericanización» para una ciudad cuyos principales males el pensamiento urbano había localizado tradicionalmente en su «europeísmo» excesivo.

Perdido el ideal de la transformación, desvanecido el territorio de la cultura, el pensamiento urbano perdió simultáneamente toda referencia para pensar un caso como el de Buenos Aires, y adoptó las categorías que se originaron y amoldaron para otras ciudades latinoamericanas con modalidades de modernización sin inclusividad social generando un proceso de «dependencia cultural» opuesto al que siempre había denunciado. Por eso la decadencia es una condición necesaria para aquellas interpretaciones: todo puede ser positivizado con la liviana óptica de la «carnavalización», desde la economía informal que produce formas de explotación que incluso el capitalismo más crudo había dejado atrás, hasta el shopping y los procesos de concentración salvaje que emblematiza en la ciudad; todo puede ser beatificado por una mirada que ve en aquellas formas originalidad de la organización popular, y en estos procesos posibilidades inéditas de encuentro y expresión social.

El elogio de la marginalidad, la positivización de la «otredad» invirtiendo el célebre apotegma sarmientino, fueron estímulos fundamentales para la investigación, favoreciendo el ingreso de vastos sectores sociales en la consideración académica, política y cultural. Pero hoy hay que considerar críticamente, entre otras cosas, el antiestatalismo al que fue derivando, que concluyó por identificar intervención pública con dominio y coerción, enfrentándola maniqueamente con aquellos mecanismos por medio de los cuales los sectores que siempre habían sido desvalorados resolvían original y apropiadamente sus problemas. Ya que frente a la desaparición virtual de la acción pública, este tipo de consideraciones no hace más que ratificar los procesos en curso, declarando normal y auspiciosa una situación que transgrede toda concepción política, cultural y ética sobre cómo debe ser una ciudad y cuáles las condiciones de vida de la sociedad que la habita.

Pensar el Estado es pensar lo público, es pensar lo político; en los términos ya clásicos de Argan: desafiar el destino. Las sociedades urbanas latinoamericanas enfrentan hoy ese renovado problema: en ciudades que se agigantan y despersonalizan, que ya no abrigan vanas ilusiones en la reunificación tranquilizadora de la forma,

se trata de componer nuevos estatutos de ciudadanía para multitudes, de redefinir con ellas lo público. En plena crisis, el estallido de todas las certezas homogeneizadoras coloca a Buenos Aires en el umbral de ese mismo espacio de posibilidad. Abierto y peligroso, desesperanzado y utópico: variante temporal de la ucronía, la utopía también refuta lo existente. Parafraseando a Tafuri si la historia no garantiza la recuperación de una «patria del espíritu», sino apenas hace emerger los antagonismos pasados y presentes, la utopía no obliga al gesto autoritario del proyecto que quiere que el futuro sea pasado. Contra todos los intentos de anulación del tiempo, el presente de lo público no puede pensarse sin historia y sin promesas. Un pasado que podría haber sido diverso, un presente que necesita ser transformado y un futuro que aún debe ser conformado en esa transformación, se despliegan en este estallido tan latinoamericanamente moderno, en el que por primera vez Buenos Aires intenta reconocerse.

Referencias

- *Lechner, N., PUNTO DE VISTA. 33. p9-12 - Buenos Aires. 1988; Un desencanto llamado postmoderno.
- *Martínez-Estrada, E., LA CABEZA DE GOLIATH. - Buenos Aires, Losada. 1940;
- *Portelli, Alessandro, BIOGRAFIA DI UNA CITTA. STORIA E RACCONTO: TERNI, 1830-1985. - Turín, Einaudi. 1985;
- *Tafuri, Manfredo, STORIA DELLA ARCHITETTURA ITALIANA 1944-1985. - Turín. 1986